



OJEADA BIOGRAFICA I NECROLOJICA

DEL SR. PRESBITERO

ANTONIO MARGALLO I DUQUESNE.

Si in præceptis meis ambulaverit, et judicia mea custodierit ut faciat veritatem, hic justus est: vita vivet ait Dominus.—Ezech. 18. 9.

Si es mui justo que la sociedad condene á perpetuo olvido al hombre que no supo distinguirse por nobles prendas ni virtudes, i castigue con la infamia i la ignominia al vicioso i al malvado, no menos justo es que immortalice el nombre del varon recto en la memoria de sus semejantes, i le rinda el homenaje debido de estimacion i de alabanza. Por eso en todos tiempos i lugares se ha mirado como uso provechoso perpetuar la fama de los hombres esclarecidos, asi para que reciban en la tierra el galardón que puede ofrecerles el mundo, como para que sus acciones virtuosas nos sirvan de estímulo i de ejemplo. Tal ha sido el motivo que nos ha impelido para formar este bosquejo biográfico necrológico, del presbítero Sor. Dn. Antonio Margallo i Duquesne.

Nació en esta ciudad, de una noble descendencia en el año de 1773, i todavía niño dejaba vislumbrar algunos destellos de las prendas i virtudes que en edad madura habian de adornar su alma. Dedicósele desde temprano á la carrera de las letras, vistiéndole la beca del Real Seminario de esta capital, donde cursó latinidad, filosofia i facultad mayor; si bien no alcanzó á coronar sus estudios porque algunos acontecimientos sobrevenidos á su familia, le obligaron á salir del Colejio. Dotado de imaginacion galana i brillante, de un gusto natural para el arte oratorio, i de facilidad i afluencia en el decir; habria honrado mucho la elocuencia sagrada, si en aquella época de ignorancia en que de tanto atraso i desaliento se resentian todos los ramos del saber, se hubieran aprovechado tan felices disposiciones, i se hubiese dado á su espíritu una direccion acertada. No obstante, con el talento i la aplicacion pudo en lo sucesivo adquirir buenos conocimientos en la teología, particularmente en la moral, en la escriptura i algunas otras ciencias eclesiásticas. En años adelante le empleó el gobierno



español en la contaduría de aguardientes, en cuyo servicio permaneció doce años, mereciendo por su consagración al trabajo, exactitud i capacidad, la confianza i aprecio de sus jefes, como la de los vireyes. Pero como sea cierto que los acontecimientos i las circunstancias hacen descubrir el corazón del hombre, antes de la gran crisis política del año de 1810, tiempos de paz i de sosiego, Dn. Antonio Margallo no había podido manifestar sino aquellas cualidades del ánimo que solo piden una alma pura i un corazón sensible. Un trato afable i cortez, un jenio jovial i divertido, blandura i suavidad hasta con sus inferiores, respeto i obediencia para con sus superiores, exactitud en el cumplimiento de sus deberes, moderación, desinterés eran, si cabe decirlo así, las únicas prendas que la sociedad entera reparaba i aplaudía en este ciudadano. Mas, en aquella época horrorosa de turbulencias i desastres, de persecuciones i asesinatos, tan fecunda en odios i venganzas, fué cuando dió á conocer el gran temple de su alma, la firmeza de su carácter i aquel brio heróico para abrazar i seguir la causa de la justicia por mas rodeada que se presentara de temores i peligros, i una jenerosidad noble i grandiosa para perdonar á sus mas enconados adversarios, aun teniendo en sus propias manos todos los medios de la venganza. En mas de una ocasion sucedió, que con solo abrir los labios hubiera podido hacer cargar de cadenas, i aun llevar al patibulo á los que le habían denostado i ofendido. Porque tal era en aquel tiempo de acalorados partidos el poder de las delaciones. Pero su hidalga índole se horrorisaba solo con la idea de semejante villanía. Ni era mayor la jenerosidad para con sus enemigos, que el amor á su patria. Allá cuando en los primeros años de nuestros trastornos políticos se veía esta ciudad amenazada con el enemigo á las puertas, que resolvía entrarla á viva fuerza, ofrecióse de buen grado á servir á la población en lo que se le estimase útil, i fué nombrado de atalaya para que informase al gobierno de la posición del contrario, del número de su jente, de sus operaciones, de sus movimientos. Con gran calor i esmero desempeñó esta comision remitiendo á los jefes las partes bajo su firma, á riesgo de ser víctima de la alevosía de los enemigos interiores, como de la cólera del vencedor. Tanta honradez i patriotismo le granjearon la estimación del célebre presidente Dn. Antonio Nariño, quien le dijo varias veces que pidiera el destino que quisiera. Pero temeroso Dn. Antonio Margallo por su delicadeza de conciencia de hacer traición á las banderas bajo las cuales se alistara primero, desechó aquella jenerosa oferta, por mas que á la sazón se viera con familia i escasa subsistencia. Semejante ejemplo de bizarro desprendimiento dió á los moradores de este lugar, cuando teniendo en propiedad un empleo honorífico i de cuantioso sueldo, lo renunció para solicitar otro que no era tan honroso, i que tenía un sueldo infinitamente menor; porque aquella conciencia sin mancha, se hallaba siempre asustada aun con la sombra de la culpa. En la muerte de los grandes se hace mérito de los empleos que obtuvieron; en el elogio fúnebre de Dn. Antonio Margallo alabamos la renuncia que hizo de ellos.

No le habría sido difícil en aquellas revueltas políticas, evitarse los sobresaltos i penas que se acarrearán los acérrimos secuaces de algun bando, i sus traerse á la ojeriza i al odio del partido triunfador, con solo manifestar tibieza i desmayo en sus opiniones, ó simular rendición; pero como él no se había declarado á favor de la causa que defendía por espíritu de partido, ni por alcanzar recompensas ni honores, ni menos por cebar viles pasiones, sino solo por obe-

decer á la voz de su conciencia, mostró toda su vida una adhesión i una firmeza incontrastables á los principios que por vez primera habia profesado. A tan esplendorosas acciones debian hacer cortejo otras no menos brillantes, puesto que las grandes virtudes son como los grandes personajes, que nunca andan solos. Así fué admirable su resignación i paciencia en todas las adversidades, besando humilde la mano divina que le afligia. Su anhelo por el bien público, su amor á sus semejantes, i particularmente á los desgraciados i menesterosos, se puede decir con verdad que no conocian límites. A sus puertas llegaba diariamente una multitud de pobres que veia socorrida su indijencia. Pero si acaso no hallaba de pronto con qué ejercer su caridad, era tal su dolor cual pudiera experimentar otro con la pérdida de sus bienes. Daba cuanto podia sin perjuicio de su familia, reservando para su persona lo únicamente necesario, i apesar de esto creia sobrado poco lo que distribuia. Ansiaba sin cesar por ser dueño de grandes caudales solo para fundar magnificos hospitales, donde los enfermos desvalidos encontrasen todo jénero de consuelos, casas de recojidas, hospicios, en fin, cuantos establecimientos de beneficencia puede imaginar la misericordia. Únicamente embebido en estos pensamientos podia mitigar algun tanto la sed de caridad que le devoraba. Pero el que era tan sensible al infortunio del prójimo, ¿qué amor i que ternura no profesaria á su estimable consorte? Prueba de ello fué el entrañable cariño con que amó siempre á la Sra. Rita Moya, cuyas singulares prendas i virtudes admiran cuantos la conocieron. Parécenos superfluo encarecer á nuestros conciudadanos la fidelidad sin mancha de su corazón, el ardor de su afecto nunca menguado, i el cúmulo de tiernos sentimientos de su alma, porque tan hermosas cualidades son jeneralmente conocidas. Mas, el Cielo complacido al ver á este hombre justo, quiso purificarle en el crisol de la tribulación, arrebatando á su amor la prenda que mas estimaba. Colmado de amargura lloró con las lágrimas de la aflicción su infausta muerte. Desde entonces resolvió desprenderse enteramente del mundo i consagrarse solo á Dios; con cuyo anhelo i propósito se ordenó de sacerdote.

En este nuevo estado encontró un campo vasto donde ejercer nuevas virtudes. No obstante el peso de los años, se le veia solícito, ya dispensando la palabra divina; ya socorriendo i consolando los enfermos; ya inspirando á los penitentes el dolor de la culpa, i la tranquilidad de la conciencia; ora instruyendo en las cárceles públicas á los ignorantes sobre las verdades de la relijion; ora derramando en el pecho adolorido de los desdichados conducidos allí por sus delitos, el bálsamo de la resignación i la conformidad. Alimentaba á este, desfallecido ya por el hambre; vestia la vergonzosa desnudez de aquel, i satisfacía á veces de su propio peculio, las deudas de algunos infelices que yacian largo tiempo en las prisiones, restituyéndolos con amplia libertad al seno de sus atribuladas familias. No obstante su escasa fortuna, hallaba siempre recursos para hacer el bien, en la mina abundante de su inmensa caridad. Unas veces intercediendo con los poderosos para que estendiesen su benevolencia hasta donde fuera compatible con los derechos de la justicia; otras estimulando la compasión i piedad de los ricos en favor del necesitado, ó valiéndose del ascendiente para llevar un facultativo á la cabecera de los desvalidos enfermos. En suma, su corazón no era mas que un albergue siempre abierto á todas las miserias del prójimo. Rendido por último á tantos afanes i fatigas, i abrumado con una ancianidad penosa, fué asaltado de una enfermedad aguda que cortó la



trama de su vida el dia 25 de marzo, conservando intactas sus potencias hasta el último instante, i manifestando en su rostro, en sus ademanes i palabras, una serenidad de ánimo que ha llenado de asombro á todos los circunstantes.

Seanos lícito ahora invocar la induljencia de nuestros lectores, por no haber desempeñado cual debieramos esta pequeña tarea; pues en campo tan extenso, no hemos hecho otra cosa que cojer algunas flores que se nos han presentado al paso, para formar este ramillete, leve obsequio que nuestro amor i respeto consagra á la memoria del virtuoso presbítero Sor. Dn. Antonio Margallo.

Bogotá, abril 1.º de 1845.

IMPR. POR M. ESPINOSA.

